

Alfons Gregori: *La dimensión política de lo irreal: el componente ideológico en la narrativa fantástica española y catalana*. Poznań, Wydawnictwo Naukowe UAM, 2015, 489 pp.

Por mucho que la crítica de lo fantástico esté definitivamente instalada en el hispanismo internacional, y que las aproximaciones académicas a las regiones de lo no mimético hayan, en gran medida, dejado de levantar sospechas, aún siguen haciendo falta estudios que se apliquen a la teorización y análisis de tan escurridiza materia; y que lo hagan, a ser posible, desde perspectivas rigurosas, que, más allá de aportar originalidad al discurso, establezcan sólidas bases para el entendimiento de esta categoría ficcional, llamada por unos *género* y por otros *modalidad*. Tal es el designio de *La dimensión política de lo irreal*, voluminoso trabajo con el que su autor –el tarraconés afincado en Poznań (Polonia) Alfons Gregori– obtuvo la habilitación para acceder al puesto de profesor titular en la Universidad Adam Mickiewicz. Infatigable investigador –no solo en el campo de lo fantástico–, con su libro da Gregori sobradas pruebas de una seriedad, agudeza y capacidad sistematizadora envidiables, dignas de elogio no solo entre los especialistas en lo sobrenatural, sino por parte de cualquiera dedicado al humanismo.

El libro reseñado es, además, importante por otras razones, directamente relacionadas con el campo que pisa. Como se sabe, lo fantástico no ha contado con un gran favor entre los lectores considerados a sí mismos cultos o exigentes. Uno de los principales motivos de este desdén es la presunta desconexión de los relatos sobrenaturales de la realidad factual, o más en concreto, de los problemas sociales, políticos, culturales, etc. del mundo real. Es un prejuicio que pesa sobre otros géneros tradicionalmente etiquetados de *populares*, como la ciencia ficción, y que si bien está justificado en ciertos casos, no es aplicable a todo el espectro de creaciones inscritas en esta línea. De hecho, hasta se podría decir que es, precisamente, en el comentario sobre las circunstancias, creencias y expectativas del ciudadano común donde radica buena parte de su razón de ser. Ello, predicable de la recién citada ciencia ficción en sus manifestaciones más sobresalientes –Asimov, Dick, Le Guin–, es también defendible a propósito de lo mejor del arte fantástico. ¿Por qué, si no, han alcanzado tanto prestigio novelas como *Frankenstein*, *Drácula*, relatos como los de Poe, Borges o Cortázar, o, en el dominio del cine, piezas fundamentales como *La noche de los muertos vivientes* o *La semilla del diablo*? Incluidas en cualquier canon con aspiraciones de perdurabilidad, se podría argüir que su mérito estriba en la calidad del estilo y su manejo de las técnicas para recrear la ficción. Siendo esto cierto, no lo es menos que en todas ellas palpitan reflexiones de calado sobre la contemporaneidad o, en un

sentido más general, sobre la existencia en su conjunto; reflexiones, cabe puntualizar, que no son incompatibles con factores como la imaginación y el juego, ni con la finalidad que suele atribuírsele –a menudo en exclusiva– a este tipo de productos: el entretenimiento; muy al contrario, que se funden con aquellas en una síntesis horaciana que ya querrían para sí muchos clásicos circunspectos y, a la hora de la verdad, plomizos.

De esta convicción es de donde parte el estudio de Alfons Gregori. También de la voluntad de combatir un prejuicio que, paradójicamente, domina en los estudios humanísticos actuales, imbuidos de la formalista y, en muchos casos, nihilista filosofía posmoderna, a saber: que la ideología ha dejado de ser una perspectiva teórica válida para acercarse a las expresiones artísticas; que la correcta interpretación de una obra pasa por la atención a sus características intrínsecas, y no por su dependencia de la realidad objetiva. En su trabajo, Gregori demuestra que “se trata de una percepción basada en planteamientos fácilmente desestimables por su falta de propiedad a nivel gnoseológico y por la ininterrupción de su uso, tanto en el habla social como en el ámbito académico” (441); y lo hace de la manera más comprometida, pero, a la vez, esclarecedora y contundente: analizando textos pertenecientes a un género que, como se dijo, arrastra el (parcialmente) infundado sambenito de escapista o huérfano de toda preocupación ideológica o política.

Solo echándole un vistazo al índice del volumen podemos apreciar la ambición y densidad de la propuesta. Prácticamente la mitad de sus páginas están dedicadas al establecimiento del marco teórico. Mientras que otros habrían despachado las categorías de análisis en un par de capítulos, enumerando los presupuestos sobre los que se asentará la posterior exegesis, nuestro investigador se entrega con gusto no solo a la presentación de las formulaciones más relevantes en torno a los dos ámbitos que atañen a su discurso –lo fantástico y la ideología–, sino también a la valoración personal –siempre rigurosa– del valor y la utilidad de tales aportes al campo de la teoría; cosa que, como se entenderá, redundará en beneficio de su propio estudio. Así, de un capítulo introductorio sobre la terminología empleada en el orbe de lo no mimético –donde el autor establece sus preferencias y justifica sus elecciones (el uso del vocablo *preternatural*, en lugar de *sobrenatural*, por ejemplo)–, pasamos a un bloque titulado “Teorías de lo fantástico”, en el que se dan cita nombres de referencia en el área como los consabidos Vax y Todorov, Irène Bessièrre o Rosemary Jackson, junto a otros menos conocidos –como José B. Monleón o Rachel Bouvet– y algunos aún en activo, como David Roas o Ana María Morales, y cruciales en el entorno hispánico. La aproximación a ellos no es, como decimos, inocente; más allá de consideraciones acerca del éxito y aplicabilidad de los enfoques descritos, predomina, claro está, el interés por el elemento ideológico, esto es, por el peso que concede cada estudioso a dicho ingrediente en el discurso fantástico. En este sentido, destacan las miradas de Jackson y Monleón: deudora, la primera, del psicoanálisis, y anclado, el segundo, en planteamientos marxistas, procede Gregori a juzgar sus logros y debilidades, ponderando los avances acaecidos desde la enunciación de sus modelos.

Igual de exigente y esforzado es el recorrido por la noción y las implicaciones epistemológicas de lo que podríamos llamar, si se me permite, *la otra pata del banco*. Introducida en un capítulo de transición, pero absolutamente necesario –“Lo fantástico: entre la teoría y la ideología”–, la perspectiva ideológica, y su reciclaje para el estudio de las producciones culturales, ocupa el cuarto capítulo del marco teórico. Como era de esperar, la atención se dirige hacia la que ha sido una de las aportaciones más estimulantes y duraderas al pensamiento político de la modernidad: el ya mentado marxismo. Los protagonistas de esta sección responden, pues, a nombres como György Lukács, Antonio Gramsci, Louis Althusser o Slavoj Žižek. No solo ellos: también son convocados a la discusión pensadores críticos con la perspectiva marxista, desde el precursor Max Weber, hasta el fundador de la ciencia del texto, o análisis del discurso, Teun Van Dijk. A este último lo define Gregori como artífice de la recuperación del concepto de ideología para los estudios textuales, tras la debacle del paradigma marxista y la aparición de ópticas como la deconstrucción y otras asociadas a la posmodernidad: “el análisis del discurso”, dice, “se ha constituido como una herramienta de análisis de lo ideológico en nuestras representaciones de la ‘realidad’, desmarcándose de las abstracciones posmodernas y deconstruccionistas más típicas de Baudrillard o Derrida” (172). A esta actitud de concreción y apertura de mente –frente a las constricciones y recelos que vienen aparejados a una parcela de la crítica marxista– es a la que se acoge el autor de *Las políticas de lo irreal*, que dedica un último apartado, antes de entrar en el comentario en sí, al diagnóstico de dos nociones inseparables de la de ideología, y que nos salen al paso en cualquier intento de definición de lo fantástico: la razón y la creencia. La reevaluación del proceso ilustrado promovido desde la Escuela de Frankfurt –con Horkheimer y Adorno a la cabeza– aparece, en este punto, vinculada al pensamiento de otra luminaria de la filosofía moderna: Michel Foucault. Como leemos, “existe una línea de conexión directa entre la Escuela de Frankfurt y el posestructuralismo, encarrilado hacia la figura irrepetible de Foucault. En este sentido, ambos coinciden en la crítica de la razón como instrumento de opresión” (189). La desconfianza de la vía racional es, como se sabe, uno de los elementos clave para entender la ficción fantástica; el sistemático descrédito al que es sometida en sus creaciones tiene un indudable valor ideológico, que Gregori, a lo largo de su discurso, se encarga de poner en claro y relacionar con aspectos particulares de la realidad: la de todos los tiempos y la de los escritores seleccionados para la parte práctica del volumen.

En este segundo bloque del trabajo propone el autor un minucioso escrutinio con base en algunos de los motivos más recurrentes y definitorios de la literatura fantástica: el doble en sus diversos avatares, objetos dotados de poderes extraordinarios, y otros fenómenos irreductibles a la razón como la alteración espaciotemporal, el fantasma, la vida eterna, etc. Para el comentario, se decanta por relatos breves, y no por narraciones de largo aliento. Las razones de dicha elección están claras: aparte de la posibilidad que brinda este formato de ir al detalle sin extenderse en exceso, y así no dejar ningún cabo suelto, nadie duda de que es el cuento el hábitat por excelencia de lo fantástico, determinado por el efecto del conjunto y cuya lectura ideal no admite interrupciones. No es, sin

embargo, este impacto lo que más atrae al investigador, sino las extrapolaciones ideológicas que se pueden hacer a partir de las historias narradas y los personajes involucrados en ellas. En este sentido, se tocan todos los palos: desde la vida en pareja hasta el discurso por la igualdad, pasando por las consecuencias de la Transición Democrática, las pretensiones de la ciencia, la secularización de la vida pública, la herencia de la Guerra Civil o las múltiples caras del nacionalismo catalán. El arco temático es demasiado grande como para sintetizarlo en pocas palabras. Cabe, sea como fuere, señalar la fineza analítica de Gregori, que aborda con gran exigencia, sin dejar aspecto por desarrollar o relación por apuntar, cada uno de sus asedios. Estos, por cierto, recorren lo más destacado de la producción ibérica, tanto en lengua castellana como catalana, y en un periodo que abarca desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. Así, tenemos a figuras del pasado como Emilia Pardo Bazán, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Diego Ruiz o Joaquim Ruyra, pero también a otras más próximas a nuestro contexto, como José María Merino, Cristina Fernández Cubas, Juan José Millás, Maria Antònia Oliver, Albert Sánchez Piñol o Jaume Fuster. Todas ellas configuran un canon con el que se puede o no estar de acuerdo, pero que sin duda constituye la prueba palpable de que lo fantástico ocupa un lugar nada desdeñable en el campo literario peninsular de los últimos cien o ciento cincuenta años, como se empeña, igualmente, en subrayar el investigador en su introducción al análisis. Traza, en esta, un documentado –si bien aquí más sintético– panorama del género en la historia de las letras en castellano y en catalán dentro del territorio español. Con él viene a complementar, paralelamente, un nicho aún en construcción, más que nada en el orbe catalán, a la par que abre la puerta a nuevas aproximaciones, tanto en este sentido como en el propiamente ideológico.

“¿Por qué observamos esta imponente brecha entre las literaturas catalana y española respecto a otras literaturas europeas que han destacado por una importante producción de obras fantásticas y maravillosas tanto cualitativa como cuantitativamente?”, se pregunta Gregori en un momento dado (208); como respuesta, aduce “una inercia histórica que, en general, contemplaba con malos ojos cualquier veleidad que tuviera como punto de partida una huida imaginativa más allá de los límites de aquellos que se consideraba realidad cotidiana” (209). Pues bien, trabajos como *La dimensión política de lo irreal* vienen a demostrarnos dos cosas acerca de estas, a todas luces, precipitadas asunciones: primera, que el desequilibrio es solo relativo, y que ni la literatura castellana ni la catalana tienen mucho que envidiar a la de países como Irlanda o Inglaterra (ya no digamos Francia o Alemania); y segunda, que la evasión de la realidad es solo aparente, y que bajo las muestras más acabadas de ficción fantástica subyacen lúcidos comentarios sobre la realidad, que no tienen miedo a internarse en resbaladizos terrenos, en teoría reservados a la literatura *seria*, como la política, la economía, la religión, etc.; que lo hacen conscientemente y, con frecuencia, con resultados más atractivos que los deparados por la creación culta.

MIGUEL CARRERA GARRIDO  
Uniwersytet Marii Curie-Skłodowskiej w Lublinie  
mcarreragarrido@gmail.com